

Capítulo 1

Palabras.

Estoy rodeada de miles de palabras. Tal vez, millones.

Catedral. Mayonesa. Naranja.

Mississippi. Napolitano. Hipopótamo.

Sedoso. Terrorífico. Iridiscente.

Cosquilleo. Estornudo. Deseo. Preocupación.

Las palabras siempre se arremolinaron a mi alrededor como copos de nieve. Frágiles y distintas, se derretían intactas entre mis manos.

En lo más profundo de mi ser, las palabras se amontonan en montañas enormes formando frases, ideas conectadas entre sí, expresiones inteligentes, bromas y canciones de amor.

Desde muy pequeña —debía tener unos pocos meses de edad—, las palabras fueron obsequios dulces y líquidos que bebía como si se tratara de limonada. Casi podía saborearlas. Le daban sustancia al desorden en que se movían mis

pensamientos y sentimientos. Mis padres siempre me rodearon de conversaciones: charlaban, murmuraban, verbalizaban y vocalizaban. Papá me cantaba y mamá me susurraba sus palabras de aliento al oído.

Y yo absorbía y recordaba todas esas palabras que me decían cuando se dirigían a mí o hablaban acerca de mí. Una por una.

No tengo idea de cómo desentrañé el complicado proceso de la formación de las palabras y del pensamiento, pero ocurrió rápida y naturalmente. Para cuando tuve dos años, todos mis recuerdos poseían palabras y todas mis palabras tenían significado.

Pero solo dentro de mi cabeza.

Tengo casi once años y nunca pronuncié una sola palabra.